

De sabios y parias: el imaginario de la vejez en la música popular

Mariano Muñoz-Hidalgo*

Resumen

El artículo muestra las diversas formas en que se presenta a las personas mayores en el canto popular, constituyendo imaginarios que circulan como un saber acerca de cómo son las personas mayores. El artículo analiza diversas obras de la música popular y propone una clasificación de los imaginarios subyacentes a dichas obras.

Palabras clave: Música Popular, Personas Mayores, Imaginario.

*Es un buen tipo mi viejo
que anda solo y esperando
tiene la tristeza larga
de tanto venir andando...
(Mi viejo/ Piero-José)*

I.- Cultura popular y canción: orígenes arcaicos.

La cultura popular es un fenómeno de tan larga data en occidente como el orden social (Burke, 1996), siendo su origen tan remoto como el de toda la dinámica social. A guisa de ejemplo, mencionemos que ya en los tiempos babilonios se constata la existencia de numerosas actividades colectivas diferentes a las oficiales y públicas del imperio: actividades marginales y de tono menor, pero masiva y profusamente repetidas, como ciertos juegos y danzas comunitarios, algunos de ellos de carácter barrial ni siquiera extendidos a toda la ciudad (Pijoan, 1999). Si en una definición ecléctica concebimos a la cultura como un sistema organizado de prácticas, símbolos y creencias sociales, puede afirmarse que la cultura popular es, para todos los casos, un subsistema periférico con respecto al

conjunto social oficial. Subsistema por su condición estructural e integrada, y periférico en diversos sentidos: no representa ni encarna al poder dominante (por lo cual su condición deviene subordinada y no hegemónica), no protagoniza el tipo de hechos que la historiografía clásica rescatará como relevantes para la narración del devenir de toda época, no produce discurso oficial, no ocupa lugar elevado en la escala social ni económica ni educacional, y por ello mismo no genera productos culturales (como obras de arte o ideologías) que conciten acuerdo universal en torno a su validez. En resumen, se trata de un submundo de la historia oficial. Adviértase que la descripción que realizamos es de carácter estructural: intentamos perfilar la posición relativa de la cultura popular en el orden social general, posición que evaluamos como históricamente secundaria en occidente, pero ello no

* Psicólogo, Licenciado en Ciencias Sociales, Magíster en Comunicación y Doctor en Estudios Americanos, mención Pensamiento y Cultura.

implica juicio de valor alguno ni peyoración en absoluto. Creemos convencidamente que ello caracteriza, simplemente, el modo de inserción social de lo popular: su status es, sin dudas, marginal. Y es precisamente en dicha marginación del discurso historiográfico tradicional donde encontramos su mayor valor heurístico. La cultura popular, fenómeno delezonado por siglos, perseguido sistemáticamente hace más de un milenio, constituye una fuente valiosísima de conocimientos acerca de la concepción del mundo que diversos seres humanos, en diferentes épocas, han profesado, y su estudio pormenorizado arroja luz sobre nuestra sociedad actual desde una perspectiva menos sometida al arbitrio de los discursos hegemónicos, que en la historia clásica han sido el relato de los vencedores. Para quienes nos dedicamos al estudio de la cultura popular, resulta necesario un cierto avance contra la corriente historiográfica tradicional si lo que buscamos es evidencia de las costumbres alternativas dentro de sociedades cuyo eje oficial de conductas ya ha sido profusamente relatado.

Es lugar común mencionar que el Egipto faraónico, la civilización griega, el imperio romano, o las culturas precolombinas, por señalar algunos de los más duraderos y ostensibles, han sido sistemas organizados de convivencia que han ejemplificado estructuras sociales en las que el poder político, económico y/o religioso configuró formas de la vida en sociedad. Dichas sociedades han contado con una organización general basada en la combinación de unos u otros de dichos poderes, con aspiración de universalidad al menos para el territorio donde se han instalado. La Pax Romana es, quizá, el ejemplo por antonomasia. Ello generó un discurso social central y oficial, en concordancia con las creencias políticas y religiosas de la mayoría, fueran éstas espon-

táneas o -más verosímilmente- programáticamente adiestradas como una forma de propaganda imperial: la ética del *panis et circensis* se hace, una vez más, ejemplo de perogrullo.

Pero es en la temprana Edad Media -o, más precisamente aún, con la desaparición gradual del imperio romano de occidente- que comienza a cobrar vigor una polaridad nueva en la estructura social: ortodoxia versus heterodoxia. Nueva por su peso creciente en el balance social, aunque las manifestaciones contraculturales son, como señalamos anteriormente, tan antiguas como el sistema social mismo. Su vehículo transmisor será el incipiente cristianismo primitivo, el primer gran perseguido ideológico-religioso del mundo europeo, que inicialmente sobrevive en la clandestinidad hasta alcanzar el poder y hasta su consagración como religión oficial del desfalleciente imperio. Pronto, de perseguido se transformará en perseguidor, y la noción de herejía será un comodín politicorreligioso que facilitará la entronización de una cultura oficial, un dogma y un culto, permeando la sociedad europea hasta la actualidad, y sin duda transfiriendo su polaridad al invadido continente americano. Roma ya no contaba como poder cívico, y los pueblos llamados “bárbaros” se reorganizaban, ya fenecida la Pax Romana. Celtas, britanos o galos, entonces, cuentan como las primeras culturas marginales del cristianismo milenario, con sus druidas, sus ritos orgiásticos, sus poemas heroicos y sus danzas provocativas. También los cultos místéricos de los antiguos griegos eran marginales respecto a la creencia oficial, pero no resultaban conflictivos para una sociedad que, mentalmente, era politeísta y por lo tanto no preconizaban dogma único alguno. El asunto se vuelve crucial con la invención del cristianismo. Se hacía nece-

sario, según los concilios (Bayeux, Nantes), limpiar la mala fe y perseguir el paganismo. Para ello se proclamaron prohibiciones y se organizó persecuciones, de modo que hasta los ministriles y los juglares (verdaderos cómicos de legua en ese entonces) fueron rechazados de templos y palacios, pasando a ocupar un lugar cada vez más marginal en el nuevo orden feudal. Pero al mismo tiempo ellos, músicos y payasos trashumantes, feriantes iletrados y actores improvisados, eran los artistas errantes que de plaza en plaza y de aldea en aldea llevaban y traían noticias de otros lugares, relatos fabulados de sucesos distantes, sátiras picarescas de personajes e instituciones tradicionales, críticas más o menos soterradas al orden existente, cuentos, leyendas y mitos a rajatabla. Nótese en todo esto el embrión del cuento y la fábula modernos, los albores del teatro popular, y hasta la prehistoria de la “canción protesta” del futuro siglo XX. Ya en esos siglos iniciales la cultura marginal empieza a adquirir una dimensión política que la hace peligrosa, como lugar discursivo del descontento y la oposición.

En el medioevo comienza a adquirir consistencia (Zavala, 1991) un fenómeno literario tanto como otro musical: uno y otro ámbito se alimentan recíprocamente, y el gran beneficiado es el género de la canción popular, que aprovecha tanto el avance musical cuanto el literario. No es casual tal desarrollo: la canción popular es una forma de literatura oral, que había cumplido (y en algunos casos sigue cumpliendo) funciones de transmisión social en cultural iletradas o analfabetas, y la mayoría amplísima de habitantes de la Europa medieval, muchos reyes incluidos, era prolijamente analfabeta. Y allí donde era mayoritariamente imposible leer y escribir, se puede repetir de memoria aires y baladas, de fácil retención, simples y breves y, en muchos casos,

de incontrastable fresca narrativa. Se observa un desarrollo en paralelo: junto tanto al canto eclesiástico, que es coral y no instrumental, que es canónico y sin variaciones (pues si se rompía con la tríada armónica prescrita la música era considerada demoníaca y su autor quemado o encarcelado) y la cantilena, que es más individual, ambos custodiados por una verdadera hueste de copistas y censores, surge en la campiña y en los lugares de trabajo de los siervos, artesanos y campesinos, en casas y tabernas, un cancionero “laico”, que genera danzas eróticas, cantos de trabajo, bailes populares, alboradas galantes y relatos guerreros. Sabido es también el hecho de que el latín, ya desgajado en numerosas y degradadas variantes locales que darían inicio a las lenguas romances, era paulatinamente sustituido por las lenguas vulgares -las del vulgo- y hasta los himnos, compuestos en dichas lenguas, se colaban hacia el interior de los templos en sátiras que terminaban provocando la hilaridad de los feligreses: no otra cosa que una parodia grotesca son, por ejemplo, los textos de Carmina Burana conservados en el milenario codex Burana (cf. *infra*). Simultáneamente, la música profana incorporaba cadencias e inflexiones de la música litúrgica, y prueba de ello son las escalas sonoras de algunas canciones de la época, donde ya existía alguna forma rudimentaria de notación musical (en realidad, ya los griegos tenían alguna forma de notación) que revelan cierta amplitud y cromatismo propias de creaciones más elaboradas. Para nuestro objeto de estudio, que es la canción popular, resulta ilustrativo señalar cómo ya en textos muy arcaicos había grotescas parodias de la liturgia oficial, lo que demuestra la polarización cultural entre lo oficial y lo marginal. En el códice benedictino de los Carmina Burana encontramos una parodia de la misa (lección):

Sequentia sancti evangelii secundum Marcum. Laus tibi Domine.

(Secuencia de los santos evangelios, según Marcos. Te alabamos, Señor).

Sequentia falsi evangelii secundum Marcum argenti. Fraus tibi Decie.

(Secuencia de falsos evangelios por el dinero de Marcos. Te estafamos, tahúr (traducción nuestra)).

La cuestión que aquí se ilustra es, en primer lugar, el carácter de contradicción dialéctica entre la cultura popular y la oficial: se interpenetran, hay influencias recíprocas, y el discurso de lo popular hace constante referencia a lo oficial, aunque en clave paródica o bizarra. Aquí nos aventuramos a plantear que esta relación de atracción-rechazo nos parece isomórfica con la relación entre lo celestial y lo infernal en la cultura cristiana, donde lo segundo es una contraversión de lo primero, una suerte de réplica invertida.

En todo caso, nuestro interés es analizar el imaginario de la vejez en la cultura popular a través de algunas muestras del discurso de la canción, señalando los elementos constitutivos de su percepción del mundo y de su actitud respectiva. En tal sentido, la discusión acerca de la polaridad sacro-profano y hasta divino-demoníaco desborda ampliamente nuestra pertinencia de estudio, y sólo la empleamos como antecedente histórico del surgimiento de la canción como fenómeno marginal de la cultura, puesto que sí subsiste el hecho de que la instauración de un dogma oficial con el cristianismo alimenta una polarización de los ámbitos culturales, donde a la canción le corresponderá un fuerte protagonismo como ámbito discursivo y pantalla de proyección de toda una cosmovisión social, que no por menos hegemónica en la sociedad occidental deja de ser una referencia constante en el imagi-

nario cultural de occidente, especialmente de las capas menos ilustradas de la sociedad (casi una literatura oral), como no puede menos que advertirse para el romancero tradicional, las rondas y juegos infantiles, los mitos y las leyendas, todos ellos componentes centralísimos (pese a su marginalidad) de nuestra tradición cultural, la que perdura hasta hoy en día a través de formas discursivas cuyo rescate ha sido materia del folklore y la antropología, entre otras disciplinas, y cuyo estudio literario e histórico constituye en la actualidad uno de los bastiones de la Historia Cultural.

Desde la perspectiva de esta misma cultura popular así concebida como un mundo discursivo paralelo al de la cultura oficial o hegemónica, nos interesa ilustrar algunas de las concepciones prevalecientes acerca de la vejez, tal y como aparecen reflejadas en algunas muestras del discurso de la canción popular. Creemos que ello contribuye a fundamentar la necesidad de una reconsideración del lugar que asignemos a la ancianidad como categoría cultural para la sociedad del siglo XXI.

Aunque los corran a palos

qué hermoso cantan los viejos

la dignidad los levanta

sobre el dolor insurrecto.

No nos quedemos callados

que no nos toquen los viejos

en esos ojos cansados

hay que encender brillo nuevo

(...)ya nos quitaron futuro

de la justicia ni hablemos

no nos quedemos callados

que no nos toquen los viejos...

(Que no nos toquen los viejos / Teresa Parodi)

II.- Roles de la ancianidad en la cultura popular.

Tanto para la Antigüedad clásica como para las civilizaciones y culturas precolombinas (como asimismo para los pueblos nómades de Norteamérica, entre tantos otros), el tiempo era una concepción cíclica. La repetición de los ciclos engendraba una percepción de circularidad que reforzaba la noción de eterno retorno y, en definitiva, una permanencia del cosmos, del cual el tiempo humano resultaba una réplica modesta. Desde el punto de vista cultural, entonces, cobraba mayor importancia la permanencia que el cambio. Y las constantes culturales definían la identidad de los miembros de la comunidad. Tal ha sido, históricamente, el sentido cohesionador de las tradiciones, proyección secular y hasta milenaria de los hábitos. El tiempo transcurrido, entonces, era sinónimo de la existencia. En tal dimensión humana, la transmisión de las tradiciones como una mimesis temporal adoptaba las proporciones de una necesidad de supervivencia espiritual de la comunidad, especialmente en el caso de las culturas orales, donde la fidelidad de la transmisión mimética era la garantía de la preservación de la memoria. En la época del quizá mítico Homero, un aedo podía recitar extensísimos pasajes de la *Ilíada* de memoria, acompañado tan sólo de los sonos de la cítara de Terpendro (Muñoz-Hidalgo, 2003). O entre los pueblos nómades norteamericanos, un anciano navajo podía recordar extensísimas leyendas de horas de duración y repetirlas con una fidelidad que era más vocación de continuidad que alarde mnemotécnico. El propósito era siempre el mismo: conservar por repetición para perdurar en la tradición. Es el nacimiento del mito como relato estructurado. Hemos sostenido en otra parte que el mito es el psicoanálisis de los pueblos: una elaboración simbólica de los conflictos

y avatares de la propia vida, recreados por el lenguaje. Y para sociedades “sedentarias del tiempo”, un anciano es el máximo representante de la permanencia, por cuanto encarna la supervivencia de lo ancestral tanto como la conservación y la acumulación de los saberes ya decantados. Desde la gerusía espartana al consejo de ancianos guerreros navajos, la edad avanzada era el factor estratégico que reforzaba la continuidad de la sociedad, mediante funciones especializadas que contaban con el reconocimiento colectivo. Revisaremos algunas de las principales, con el propósito de destacar el agudo contraste entre la situación pretérita y contemporánea del anciano y las diferencias enormes de su inserción social. Como ilustración temática, emplearemos textos de canciones populares, basados en las premisas ya formuladas anteriormente: que la cultura popular es un discurso alternativo que delata contradicciones en el orden social. Para nuestro tema específico, los roles de la ancianidad en el orden social, algunos de estos textos llegan a constituir un verdadero manifiesto de denuncia de aspectos urgentes de resolver en nuestra convivencia contemporánea.

*Es la abuela en casi todos los hogares
quien malcría con dulzura a los mocosos
relatora de los cuentos más hermosos
y hacedora de los más ricos manjares.
Pues la Nonna por venir del tiempo viejo
reunió, además de achaques, experiencia
y a medida que perdemos la inocencia
nos restaña las heridas con consejos.
Pero ocurre que la abuela es jubilada
y que habita en un país tan poco piola
que la olvida, que la tiene abandonada*

*desvalida, despreciada, pobre y sola...
Y su llanto no le sirve para nada...
a la abuela, en realidad, no le dan bola.
(La abuela / Ignacio Copani)*

a) el anciano como vocero de la memoria colectiva.

Sin duda existen razones psicofisiológicas que explican por qué -o, al menos, cómo- la memoria sufre cambios en la vejez, especialmente el debilitamiento de la memoria reciente. El efecto psicológico de este proceso es el aumento de claridad de la memoria remota, por contraste. Con ello, el pasado resulta una fuente de seguridad psíquica para el anciano, como refugio ante una realidad actual que cada vez se le hace más inasible. Como el proceso es normalmente lento, el período así vivido puede durar años de muy pausado deterioro, convirtiendo esta etapa en un verdadero imperio del recuerdo. En sociedades tradicionales como las que mencionábamos (cf. *supra*) ello no resulta una discapacidad sino una fortaleza, cuya función social es la preservación de la identidad colectiva. Por ello, el anciano, con su habilidad y preferencia mnémicas por el pretérito, se transforma en un actor funcional para el sistema: un actor que recuerda las “hazañas” de los héroes y heroínas míticos de la colectividad, que narra historias y leyendas del pasado más remoto de la comunidad, y que consigue, en su actuación discursiva, reforzar la continuidad de la memoria como un poderoso entrenamiento histórico para sus congéneres. Su papel de sostenedor de un discurso es más que un proceso lingüístico: alcanza ribetes de sostén cognitivo de la identidad cultural.

*Se ponía el sombrero de Gardel,
una rosa de fuego en el ojal ,*

*mi abuelo.
(...)Un día en que llovía y no llovía,
un día en que abrumaba y no abrumaba,
mi abuelo,
no supo si era Tyson quien jugaba al
ajedrez
o era Kasparov el que boxeaba.*

*En pocas palabras,
mi abuelo era un viejo...
(Mi abuelo volaba/ D. Salzano-Jairo)*

b) el anciano como socializador de la tradición.

Otro rasgo de la vejez es la disminución gradual de la plasticidad neuronal, entendida como la capacidad del sistema nervioso para adaptarse al entorno modificando sus procesos y sus conexiones sinápticas (adaptación estructural y funcional). Como estrategia de relación con el entorno, resultan más funcionales los hábitos antiguos, especialmente las conductas más acendradas en su realización. De allí la general reticencia del anciano ante los cambios y novedades, pues éstos lo colocan en situación desmedrada por la disminución relativa de su capacidad de aprendizaje. No obstante, en sociedades más quietistas, esta misma actitud deviene una condición deseable, puesto que la mantención de las tradiciones (entendidas como costumbres de los antecesores) es una forma de repetición constante que confiere unidad al cuerpo social. El culto a los ancestros puede alcanzar incluso connotaciones religiosas y, en todo caso, es oficiado culturalmente por los ancianos como verdaderos expertos en la preservación de los modos y usanzas de antes, que son el contenido del imaginario tradicional. En muchos casos podemos llegar a considerar como “cultura”

precisamente al sistema de costumbres de una comunidad.

*Me lo decía mi abuelito,
me lo decía mi papá,
me lo dijeron muchas veces
y lo olvidaba muchas más:
trabaja niño no te pienses que sin dinero
vivirás,
junta esfuerzos y el ahorro, ábrete paso,
ya verás
como la vida te depara buenos momentos,
te alzarás
sobre los pobres y mezquinos
que no han sabido descollar.
Me lo decía mi abuelito,
me lo decía mi papá,
me lo dijeron muchas veces
y lo olvidaba muchas más...*

(Me lo decía mi abuelito/ José Agustín Goytisolo-Paco Ibáñez)

c) el anciano como complemento afectivo de la formación paterna.

Durante la ancianidad se vive un fenómeno de fuerte connotación afectiva: la proyección en los descendientes como forma de trascendencia, especialmente por acercamiento propio a la muerte. Recordemos que este análisis se refiere a las culturas tradicionales y no a la sociedad hegemónica contemporánea, donde la muerte es vivida como pérdida y/o desaparición. Para nuestro análisis, el anciano vive a los nietos, por ejemplo, como una forma de retoñamiento social (nos atrevemos a decir que esto ocurre incluso en las estructuras parentales de sociedades donde no se reconoce a los nietos como descendientes directos o no es posible determinar con exactitud su filiación), puesto que es en el plano afectivo y no en el sociológico donde ocurre con intensidad esta “asociación”

ancianos-niños. Tras haber pasado ya con creces por el rol paterno o materno, los ancianos viven la eventual crianza de los nietos o bisnietos con una actitud considerablemente menos ansiosa que muchos padres primerizos. Ello suele desembocar en relaciones “cómplices” entre las generaciones, con lo que se refuerza el aprendizaje afectivo más que las destrezas activas y la educación formal. Si bien con menos fuerza que antes, por la creciente pérdida del status del anciano ante los niños en el orden contemporáneo, el anciano ocupa para éstos un rol más tolerante de refugio ante el rigor muchas veces impositivo del aprendizaje formal. También puede reconocerse un fenómeno recíproco: la simplificación progresiva de los roles del anciano en la sociedad (por reducción de capacidades físicas, principalmente) asemeja más a éste con la situación de los niños que con la de los adultos (cazadores, pescadores, ejecutivos o guerreros). La cooperación entre estos extremos generacionales se torna asidua y mutuamente eficaz. Sin que podamos dilucidar si es la inocencia maliciosa del niño lo que atrae al anciano o la malicia candorosa de éste lo que atrae al niño, el caso es que ambos se vinculan en el eje de la simplicidad cooperativa.

Dicen que la gente mayor sobra en todos los sitios. Mi abuelo ya sabía esto hace mucho tiempo: por eso un día hizo su maleta y se marchó, quizás para no estorbar...

Le vi hacer la maleta y entre las cosas que iba guardando,

había un retrato de todos del último cumpleaños.

Una bufanda de lana, unas zapatillas, y su corbata

y aquellos viejos pañuelos que la abuela le bordaba.

Por qué te marchas abuelo, por qué te marchas de casa,

Dime si ya no nos quieres dime abuelo qué te pasa.

Con su mano en mis cabellos y sus palabras atragantadas

me dijo: “niño no digas que estoy llorando en mi marcha”,

me dijo: “niño no digas que has visto en mis ojos lágrimas.

El tiempo pasa de prisa y ya ni siquiera tengo el cariño

De aquellos que quiero tanto y a quienes tanto he querido”.

Si tú te marchas abuelo si tú te marchas de casa,

yo llevaré tu maleta y me iré donde tú vayas.

(Por qué te marchas, abuelo/Juan Pardo-Manolo Galván)

d) el anciano como referente genealógico.

En la continuidad familiar confluyen muchos factores de índole psicológica y social que sería excesivo enumerar aquí, pero puede señalarse dentro de los más axiales el fenómeno de la sucesión generacional. El anciano es el más antiguo representante vivo de las diversas generaciones familiares, y ello lo hace devenir testimonio real de la continuidad del individuo descendiente. Se transforma no sólo en un referente discursivo, sino en una constante biológica de importancia histórica. Puede tener un simbolismo fundacional o, al menos, una significación sanguínea. Ambos factores contribuyen para la consolidación identitaria, y el imaginario popular suele representar la partida del anciano

como una pérdida que interrumpe o desarraiga la continuidad del tronco familiar. Complementariamente, puede ser mostrada su contribución como una forma de instauración cultural, en una especie de recurso al modelo iniciador, que en el caso de las culturas de inmigrantes, por ejemplo, puede alcanzar ribetes de idealización póstuma. Una de las bellas canciones para este aspecto proviene, precisamente, de esta fuente sociológica del desarraigo inmigrante y su compensación simbólica mediante la preservación cultural:

*El abuelo un día cuando era muy joven
allá en su Galicia,*

*miró el horizonte y pensó que otra senda
tal vez existía.*

Y al viento del norte que era un viejo amigo,

le habló de su prisa,

le mostró sus manos que mansas y fuertes,

estaban vacías,

*y el viento le dijo: “Construye tu vida
detrás de los mares, allende Galicia”.*

Y el abuelo un día

en un viejo barco se marchó de España.

El abuelo un día,

como tantos otros con tanta esperanza.

(...)Y el abuelo entonces,

cuando yo era niño, me hablaba de España,

del viento del norte,

de la vieja aldea y de sus montañas.

Le gustaba tanto recordar las cosas

que llevó grabadas muy dentro del alma,

que a veces callado, sin decir palabra,

me hablaba de España.

*(...)Y el abuelo un día se quedó dormido
sin volver a España.*

*El abuelo un día, como tantos otros,
con tanta esperanza.*

*Y al tiempo al abuelo lo vi en las aldeas,
lo vi en las montañas, en cada mañana
y en cada leyenda, por todas las sendas
que anduve de España.*

(El Abuelo/ Alberto Cortez)

e) el anciano como depositario del conocimiento.

Para las sociedades tradicionales el conocimiento es, principalmente, resultado de la decantación y no de la búsqueda. No es frecuente el espíritu “positivista” de progreso ni la mentalidad racionalista de exploración del conocimiento. Más bien se considera al saber como un depósito acumulado en el tiempo, y es precisamente esta noción de acumulación la que confiere al anciano un rol preponderante en la administración del conocimiento ancestral, por su longevidad y supuesta relación con el conjunto de nociones que organizan y orientan la vida colectiva. Se trata de conocimiento empírico, no sistemático, abarcativo y conservador, que puede resultar de inmensa amplitud -rayana en la erudición práctica- y que convierte al anciano en un interlocutor definitivo y definitorio ante cualesquier desacuerdo colectivo en el modo de interpretar ciertos hechos culturales. Posiblemente esta atribución de status de conocimiento tenga su mayor razón de ser en la necesidad tradicionalista de apegarse a lo conocido antes que a lo por conocer. Sabemos que en este plano de actitud el anciano es un formidable referente de lo ya sabido. Su función en este caso no es nece-

sariamente la transmisión del saber, sino su dominio competente.

*Es un buen tipo mi viejo
que anda solo y esperando
tiene la tristeza larga
de tanto venir andando*

*Yo lo miro desde lejos
pero somos tan distintos
es que creció con el siglo
con tranvía y vino tinto*

*Viejo mi querido viejo
ahora ya caminas lerdo
como perdonando el viento
yo soy tu sangre mi viejo
soy tu silencio y tu tiempo*

*Él tiene los ojos buenos
y una figura pesada
la edad se le vino encima
sin carnaval ni comparsa*

*Yo tengo los años nuevos
y el hombre los años viejos
el dolor lo lleva dentro
y tiene historias sin tiempo*

*Viejo, mi querido viejo
ahora ya caminas lerdo
como perdonando el viento
yo soy tu sangre mi viejo
soy tu silencio y tu tiempo.*

(Mi Viejo /Piero-José)

f)el anciano como sabio.

La sabiduría es una categoría diferente del conocimiento: supone una forma de relación con el mundo que alcanza dimensión trascendente. Abarca todos los modos del quehacer humano y no se agota en la

práctica de un saber determinado. Por ello, la condición de sabio o sabia es una atribución que la comunidad realiza a determinados individuos que encarnan en su modo de ser los ideales de la sociedad que los reconoce. Advértase que en ello hay algo tautológico: con un razonamiento simplista, podría llamarse sabios a todos aquéllos que la colectividad ve como tales; pero el fenómeno es más complejo. Supone una particular y muy profunda forma de actuación en relación con la vida, uno mismo y los semejantes. Los contenidos de esa relación pueden variar históricamente de acuerdo con la escala de valores imperante en una época determinada, pero la orientación continúa siendo universal. El sabio es reconocido como maestro, como máximo y más profundo conocedor de ciertos misterios o secretos de la vida humana, y su palabra es tenida por definitiva en asuntos humanos y metafísicos. Sin duda hay mucha proyección desde un ethos infantil del orden social, pero subsiste de todos modos un hecho concreto: que la posición de “sabio” sólo es atribuida a personas de larga vida, como una especie de resultado o corolario de un profundo desarrollo personal. Por lo tanto, existe el imaginario colectivo del sabio, que lo presenta como un anciano o anciana poseedor de determinados secretos y explicaciones acerca de los misterios más profundos de la vida, y con una capacidad de operar como intermediarios entre las personas corrientes y los fenómenos del mundo. Ello hace que el status de sabio vaya aparejado con cierto grado variable pero alto de poder social y gran credibilidad. Las palabras del que no ha “visto más allá” son pláticas, las declaraciones del que “conoce” son profecías. Y, como corolario, esa dimensión metafísica del conocimiento que llega a la sabiduría se suele considerar, mítica-mente, como una aproximación a otro plano de existencia. En la circunstancia humana,

el viejo se hallaría más cerca de esta dimensión ultramontana por encontrarse más próximo a la muerte. Pero debe hacerse hincapié en que en la cultura tradicional la muerte sigue siendo vista como un proceso armónico y como una forma de consagración, por lo tanto, la proximidad con ella es una fuente de prestigio y no de rechazo. El anciano que logra ser considerado sabio entra en una cierta dimensión mítica de la cultura, donde se reproducen sus enseñanzas como un legado, incorporándolo al acervo de tradiciones por transmitir.

*Abuela lavandera, en la ribera un rojo pañuelo,
quiso el tiempo que tenga el color de tu piel el riachuelo*

*(...)Abuela lavandera, la pala y los hijos
doblaron tu espalda,
quebraron tus caderas de mulata entera
y marchitaron tus senos que olían a fruta virgen de la selva.
Tus hijos fueron libres, te hablaron de patria y de libertad,
por la que jamás los volviste a ver, pero fuiste feliz con su felicidad
y lavando pensabas,”- ser libre debe ser
lo mismo que tender en la barranca,
mi ropa blanca sobre la gramilla
y esperar que el sol acueste su mejilla,
así de sencilla la libertad, tiene que ser”- .*

(Abuela lavandera/Rafael Amor)

III.-Conclusiones.

Las imágenes de la vejez y las formas de concebirla se distribuyen en una polaridad celebración-rechazo, coincidentes con el cambio en la percepción social de la vejez. Dicho cambio ha sido, de acuerdo con el surgimiento de la Revolución Industrial, un tránsito de peyoración progresiva, profusa-

mente justificado desde la perspectiva de la “improductividad” laboral de los ancianos, en una sociedad que ha visto el trabajo remunerado como la única o principal vía de validación social. El problema se ahonda al vincularse con la modificación profunda en la escala de valores socioculturales de nuestro orden social contemporáneo. Para una sociedad inmediatesta y eficientista, sin proyecto ideológico ulterior, las conductas más propias de la vejez (recuperación de la memoria colectiva, transmisión de tradición en la socialización, afectividad como complemento de la formación paterna, referencia genealógica, sabiduría existencial y/o acumulación de conocimientos, entre otros) no son funcionales para el orden de un sistema organizado por la atomización del núcleo familiar y el apagamiento de la conciencia identitaria colectiva. La situación que resulta de todo ello no es nada halagüeña: para una distribución demográfica donde los ancianos son cada vez más numerosos, el status cultural de su condición es cada vez más marginal. Asimismo, en la dicotomía cultura hegemónica/culturas populares, la divergencia en el modo de considerar el rol del anciano (depauperado en aquélla, integrado en éstas) sugiere una inevitable vertiente crítica acerca del empobrecimiento valórico producido con la globalización respecto a la identidad y a la importancia de la historia inmediata, dos instancias que el anciano encarna. En ambos casos, identidad e historia, los viejos simbolizan nuestro origen: descalificarlos

nos hace espurios, transformando una equivocada soberbia en, a lo sumo, bastardía.

*Los viejos van, andando las veredas,
meditando el invierno que vendrá,
demorando el paso hasta que anochezca
y así volver a casa sin molestar...*

*Y saben que la vida no es tan larga
y miran el futuro para atrás...*

*los viejos tienen miedo a su verdad
Los viejos son la vida*

*que se escapa apoyada en un bastón,
los viejos son manada en retirada
del espejo y del reloj...*

*y sienten en la boca un sabor que les
provoca*

*decir que el tiempo de antes fue mejor
y guardan la tristeza... en el corazón...*

*Los viejos son siluetas transparentes,
mirada ausente, profetas del adiós
que a la iglesia van a rezar despacito
para que escuche solamente el señor.*

*Ellos guardan en papeles amarillos,
compromisos que el tiempo jubiló...
y hacen fila, para recibir migajas
que la patria les devuelve por favor
Y saben que la vida no es tan larga
y miran el futuro para atrás...*

(Los viejos/ Fernando Ubierno)

Bibliografía

- Battilana, Beatriz y Zinni, H.: *Las letras del folklore*. Rosario, Ed. Fundación Ross, 2000.
- Benarós, León: *Cancionero popular argentino*. Buenos Aires, Ed. Nuevo Siglo, 1999.
- Benedetti, H. (ed.) *Letras de Tangos. Antología de tangos*. Buenos Aires, Macla, 1997.
- Burke, Peter: *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- Cortez, Alberto: *Equipaje*. Barcelona, Pomaire, 1977.
- Galeano, Eduardo: *Memoria del Fuego*. Vols. I, II y III. Buenos Aires, Alianza Editorial, 1988.
- Guarany, Horacio: *Guitarra de los humildes*. Rosario, Ed. Florentinas, 1997.
- Mendoza, Vicente y Kuri-Aldana, M.: *Cancionero popular mexicano*. México, Dirección General de Culturas Populares, 1987.
- Muñoz-Hidalgo, Mariano: *El cuerpo en-cantado. De la antigua canción occidental al canto popular en Cuba y Chile*. Stgo. de Chile, USACH, 2003.
- Muñoz-Hidalgo, Mariano: *El Bolero en Latinoamérica. Edición crítica*. Caracas, Editorial Ayacucho, 2008.
- Pijoan, José: *Historia del mundo*. Barcelona, Salvat, 1999. vol. I.
- Plath, Oreste: *Folklore chileno*. Stgo. de Chile, Nascimento, 1973.
- Russo, Juan (ed.): *Letras de tango*. Bs. Aires, Basilisco, 1999.
- Santullano, Luis: *Romances y canciones de España y América*. Bs. Aires, Hachette, 1955.
- Zavala, Iris: *El bolero. Historia de un amor*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.